

Espíritu, el cual llega a ser nuestra persona, en Su amor, el cual llega a ser nuestra esencia, y en Su luz, el cual llega a ser nuestra expresión, a fin de convertirnos en Su testimonio corporativo (Ro. 8:4; Ef. 5:2, 8; Mt. 5:14-16). Ésta es la Nueva Jerusalén. En la Nueva Jerusalén caminamos sobre la calle de oro, que significa la naturaleza divina de Dios. Toda la ciudad tiene una base de oro y los redimidos de Dios andan, viven y tienen su ser en la naturaleza divina. El río de agua de vida fluye en medio de la calle, con el árbol de la vida a ambos lados. Éste es nuestro destino eterno. Al principio está el Dios eterno quien es vida, y al final está el edificio de vida de Dios. Éste es nuestro destino final. A medida que andamos, vivimos y nos movemos en la comunión divina, llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina. Nosotros no somos partícipes una vez y para siempre, sino de forma continua; por tanto, no sólo recibimos, sino que también participamos. Finalmente, andaremos en la Nueva Jerusalén en la naturaleza de Dios, en Espíritu, amor y luz. Por tanto, nuestra vida cristiana termina en el propio Dios Triuno. Éste es el primer misterio de los siete que se encuentran en la Primera Epístola de Juan.—A. Y.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

El nacimiento divino y los hijos de Dios (Mensaje 4)

Lectura bíblica: 1 Jn. 2:29; 3:1-2, 9; 4:7; 5:1, 4, 18

- I. En lo referido a los misterios de la vida divina los escritos de Juan dan énfasis al nacimiento divino, que es nuestra regeneración—Jn. 1:12-13; 3:3, 5-6; 1 Jn. 2:29; 3:9; 4:7; 5:1, 4, 18:
 - A. El nacimiento divino es la base de nuestra vida cristiana—Jn. 3:3, 5; 1 P. 1:3, 23.
 - B. El nacimiento divino, el cual nos imparte la vida divina, es el factor básico de todos los misterios de la vida divina—1 Jn. 1:1-2.
 - C. El Padre es el origen de esta vida divina, de quien hemos nacido con esta vida—3:1.
 - D. El nacimiento divino —la regeneración— nos vivifica con la vida de Dios y nos introduce en una relación de vida, o sea, en una unión orgánica con Dios—Ro. 8:16; 1 Co. 6:17.
 - E. Ser regenerados simplemente significa que además de la vida humana, ahora poseemos la vida divina, que recibimos en virtud del nacimiento divino, pues la vida eterna ha entrado a nuestro ser—Jn. 3:15-16; 1 Jn. 2:25; 5:11-13.
 - F. La regeneración hace que seamos la nueva creación, una entidad que posee internamente el elemento de Dios—Gá. 6:15:
 1. Es mediante el nacimiento divino que poseemos la vida divina y el elemento divino; por tanto, llegamos a ser una nueva creación—2 Co. 5:17.
 2. Cuando nacimos de nuevo, la vida de Dios en Cristo entró en nuestro ser; esta vida junto con el elemento divino se ha mezclado con nuestro espíritu a fin de llegar a ser el nuevo hombre en nosotros—Ef. 4:24; Col. 3:10.
 - G. Ser regenerados es recibir el árbol de la vida—Gn. 2:9; Ap. 22:2, 14:

1. Cuando recibimos al Señor Jesús, recibimos la vida que es propia del árbol de la vida—Jn. 11:25; 15:1.
 2. Hemos pasado de la muerte del árbol del conocimiento del bien y del mal a la vida del árbol de la vida—5:24; 1 Jn. 3:14.
- H. Ser regenerados es nacer del Espíritu en nuestro espíritu—Jn. 3:6, 8:
1. La regeneración se efectúa en la esfera del espíritu humano, por el Espíritu de Dios y con la vida divina—vs. 6, 15-16:
 - a. El nacimiento divino sucede orgánicamente en nuestro espíritu—v. 6.
 - b. En la regeneración Dios, en Cristo, entra en nuestro espíritu como Espíritu vivificante para regenerarnos con Su vida y naturaleza—1 Co. 15:45; 6:17.
 - c. El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina—Ro. 8:2, 10, 16.
 2. Lo que es nacido del Espíritu de Dios es nuestro espíritu regenerado—Jn. 3:6.
 3. La palabra *todo* en 1 Juan 5:4 se refiere a toda persona que ha sido engendrada por Dios; esta expresión hace referencia especialmente a la parte que ha sido regenerada con la vida divina, o sea, al espíritu del creyente regenerado.
- I. En la resurrección de Cristo, Él impartió la vida divina en nuestro ser y nos hizo iguales a Él en vida y naturaleza; éste es el factor básico que hace posible nuestra regeneración—1 P. 1:3; Jn. 3:15-16.
- II. Es mediante este misterioso nacimiento divino que fuimos hechos hijos de Dios—1:12-13; 1 Jn. 3:1:
- A. En el universo no hay nada más asombroso que el hecho de que seres humanos puedan ser engendrados de Dios, y que pecadores puedan ser hechos hijos de Dios—2:29—3:1; 4:7; 5:1, 4, 18.
 - B. El propósito de Dios al crear al hombre no era simplemente obtener un hombre libre de pecado, sino un Dios-hombre que tuviera la vida y naturaleza de Dios, a fin de éste lo expresara corporativamente—Gn. 2:9; Jn. 10:10b; 2 P. 1:4.
 - C. La expresión *hijos de Dios* mencionada en 1 Juan 3:1 es sumamente rica en implicaciones; lleva implícito el hecho que Dios

- ha nacido en nosotros y que nosotros poseemos Su vida y naturaleza:
1. Ser hijos de Dios significa que Dios ha sido concebido en nosotros.
 2. Cuando Dios nació en nuestro espíritu, fuimos mezclados con Él—1 Co. 6:17.
- D. Es por medio de la regeneración que fuimos hechos hijos de Dios—Jn. 1:12-13; 3:3, 5-6; 1 Jn. 2:29—3:1:
1. Hemos nacido del Padre a fin de ser hijos de Dios—v. 1.
 2. El hecho de que los seres humanos lleguen a ser hijos de Dios implica que ellos han nacido de Dios, y que poseen la vida y naturaleza divinas—Jn. 1:12-13; 3:15-16; 2 P. 1:4.
 3. Puesto que ser regenerado equivale a nacer de Dios y obtener Su vida, la regeneración automáticamente hace que nosotros seamos hechos hijos de Dios—Jn. 3:6; Ro. 8:16.
 4. La vida que recibimos cuando fuimos regenerados hace que seamos hechos hijos de Dios y es lo que nos da potestad para ser Sus hijos—Jn. 1:12-13.
 5. Por ser los hijos de Dios que poseen Su vida y naturaleza, podemos vivir a Dios y ser iguales a Él en vida, naturaleza y expresión, lo cual cumple el propósito que Dios tenía al crear al hombre—Gn. 1:26.
- E. Los hijos de Dios han sido regenerados por Dios el Espíritu, a fin de ser Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales ven el reino de Dios y entran en él—Jn. 3:3, 5-6:
1. Dios tiene un beneplácito: hacer que nosotros, Sus hijos, seamos iguales a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad—Ef. 1:5, 9; 5:1.
 2. Debido a que hemos nacido de Dios, somos iguales a Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad—Ro. 8:2, 10, 16; 2 P. 1:4.
 3. Todos los hijos de Dios se hallan en la esfera divina que es propia de la especie divina.
 4. Nunca debiéramos olvidarnos de que, como hijos de Dios, somos los Dios-hombres que han nacido de Dios y pertenecen a la especie de Dios—Jn. 1:12-13; 3:3, 5.
- F. A los hijos de Dios les espera un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas—1 Jn. 3:2:

1. Cuando Él se manifieste, los hijos de Dios serán semejantes a Él en cuanto a la madurez en la vida divina—vs. 1-2.
2. El derecho que tienen los Dios-hombres de participar en la divinidad de Dios incluye el derecho de tener la semejanza de Dios—2 Co. 3:18; Ro. 8:29.
3. Al verlo a Él, reflejaremos su semejanza, lo cual nos hará iguales a Él—1 Jn. 3:2.
4. Participar en la naturaleza divina ya es en sí una gran bendición y deleite; no obstante, ser iguales a Dios, portando Su semejanza, será una mayor bendición y disfrute—Ap. 4:2-3; 21:11.

MENSAJE CUATRO

EL NACIMIENTO DIVINO Y LOS HIJOS DE DIOS

El nacimiento divino y los hijos de Dios son dos asuntos de suma importancia. Necesitamos una revelación fresca de estas dos grandes verdades, y es necesario que contemplemos estos asuntos en el contexto de la economía de Dios. La economía de Dios implica Su plan, lo cual incluye Su propósito y Su beneplácito, que consiste en impartir Su propio ser a los Suyos para hacer de ellos hijos de Dios, Dios-hombres, miembros de la especie de Dios, quienes conforman la especie divina, y así hacer de ellos Dios en vida, naturaleza, elemento y esencia, mas no en la Deidad, de tal modo que lleguen a constituir Su plena expresión. Éste es el profundo anhelo subyacente a la economía de Dios. La manera en que Dios lleva a cabo esta maravillosa economía es realizándola en Cristo. Juan 1:14 dice: “Y el Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros (y contemplamos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de realidad”. ¡Aleluya! Dios se hizo carne a fin de convertirse en un Dios-hombre y llevar la vida del Dios-hombre. Mediante Su muerte, Él efectuó una redención jurídica todo-inclusiva, y en resurrección fue hecho el Espíritu vivificante. Su humanidad fue elevada y en dicha humanidad Él fue designado Hijo de Dios para ser introducido en la gloria divina (Ro. 1:3-4). Así pues, Él llegó a ser plenamente el Dios-hombre en Su ascensión, y este Dios-hombre es el único Dios-hombre en la Deidad.

Él se hizo el Espíritu vivificante a fin de impartirse a nuestro ser. Él ya no es para nosotros un Dios lejano, ni tampoco un modelo de Dios-hombre ajeno a nuestra persona; más bien, Él es para nosotros el modelo, el secreto e, incluso, la capacidad en virtud de la cual llegamos a ser Su réplica. Él logra esto por medio del nacimiento divino al hacernos hijos de Dios. Por tanto, la meta de la economía divina es el Cuerpo de Cristo, el nuevo hombre —en quien Cristo es el todo en todos— y la casa de Dios conformada por muchos hijos de Dios para gloria de Dios y expresión de Dios en este universo.

Para alcanzar la meta fijada por Dios, es necesario que nosotros

lleguemos a ser Su Cuerpo, Su Novia y la casa de Dios. Llegaremos a ser la expresión corporativa de Dios al venir a ser el Dios-hombre corporativo, que es una entidad compuesta por muchos Dios-hombres pertenecientes a la especie divina, los cuales han llegado a ser Él —no sólo como individuos, sino compenetrados conjuntamente los unos con los otros— y constituyen Su reproducción con miras a ser Su expresión. Estos asuntos —el nacimiento divino y los hijos de Dios— sirven por completo al propósito de la economía de Dios y tienen como finalidad la expresión de Dios. Si no llegamos a ser Él, jamás podremos expresarle. La consumación máxima de la economía eterna de Dios es la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén, en todos sus aspectos y detalles, será una prueba viva y un testimonio vivo de que Dios se hizo hombre a fin de hacer al hombre Dios en vida, naturaleza, elemento y esencia con miras a obtener Su expresión y testimonio. La Biblia termina con una señal contundente: la Nueva Jerusalén. Esta última señal de toda la Biblia nos muestra que tenemos que llegar a ser Dios en vida y naturaleza a fin de ser Su pareja idónea, Su complemento y Su expresión para satisfacción Suya. El nacimiento divino y los hijos de Dios tienen por finalidad la expresión de Dios y atender a la necesidad de Dios en Su economía.

Mi carga es que todos consideremos los temas del nacimiento divino y los hijos de Dios en el contexto de la economía de Dios y comprendamos que todos podemos cooperar con el Señor para el cumplimiento de Su propósito en Su economía a fin de hacer que Él retorne. Conseguimos esto si permanecemos ejercitados en nuestro espíritu y nos abrimos al Señor para volvernos de manera fresca a Él a fin de poder recibir nueva luz y revelación fresca concerniente al nacimiento divino y a nuestra condición como hijos de Dios. ¡Aleluya! Nuestro Cristo maravilloso ha pasado por un proceso y alcanzado Su consumación y, ahora, ha venido a nuestro ser como Espíritu vivificante a fin de ser nuestra vida y nuestro todo.

El hecho de que Cristo pueda ser nuestra vida es el milagro más grande que pueda ocurrir en el universo entero. Si no fuera por tal nacimiento divino, ¿cómo podríamos recibir esta maravillosa vida divina que es tan deleitosa, experiencial, preciosa, comestible y bebible? ¡Qué milagro! Santos, tenemos que ver que la más grande maravilla en este universo es el hecho de que seres humanos puedan nacer de Dios y que pecadores, como usted y yo, puedan ser hijos de Dios. En el mundo entero ¡nada es más maravilloso que esto! En este universo, no hay

milagro más grande que la regeneración, esto es, ser nacidos de Dios. ¡El nacimiento divino es el milagro más grande ocurrido en el universo entero!

Supongan ustedes que un perro recibiera la vida humana y la naturaleza propia de su amo, y comenzara a hablar y pensar como un hombre. Si esto sucediera, ciertamente todas las agencias de noticias acudirían a presenciar este fenómeno en busca de una entrevista a fin de informar al público de semejante milagro. En Juan 3 se narra el milagro del nuevo nacimiento de Nicodemo. Sin embargo, en el capítulo anterior el Señor había realizado muchos milagros en público. Juan 2:23-25 dice: “Estando en Jerusalén en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre”. El Señor no se fiaba de aquellos hombres, porque sabía que ellos únicamente le seguían a causa de las señales visibles que Él hacía. Juan 3 comienza diciendo: “Ahora bien, había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo” (v. 1). Al tratar con este hombre, el Señor revela el milagro más grande que puede ocurrir en el universo: la regeneración. ¡Qué milagro!

**EN LO REFERIDO A LOS MISTERIOS DE LA VIDA DIVINA,
LOS ESCRITOS DE JUAN DAN ÉNFASIS AL NACIMIENTO DIVINO,
QUE ES NUESTRA REGENERACIÓN**

Los escritos de Juan concernientes a los misterios de la vida divina recalcan el nacimiento divino, que es nuestra regeneración (1:12-13; 3:3, 5-6; 1 Jn. 2:29; 3:9; 4:7; 5:1, 4, 18). Damos gracias al Señor que los escritos de Juan, en especial sus epístolas, enfatizan el asunto de ser engendrados por Dios. Yo fui engendrado físicamente por mi padre y mi madre, pero tengo que declarar: “¡He sido engendrado por Dios! ¡Aleluya!”. El nacimiento divino es el milagro más grande que pueda ocurrir en el universo. Juan 1:12-13 dice: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Ellos no nacieron de esto o aquello, sino ¡de Dios!

Juan 3:3 dice: “Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo: El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. El versículo 5 dice: “De cierto, de cierto te digo: El que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Entrar es verdaderamente ver. Tenemos que nacer de nuevo. ¡Aleluya por el nacimiento divino!

¿Cómo podríamos entrar en el reino de Dios a menos que tuviésemos la vida y naturaleza de Dios? Nosotros hemos nacido de Dios con Su vida.

Juan 3:6 dice: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”. ¡Aleluya por nuestro espíritu mezclado! Es aquí donde ocurre el nacimiento divino. Todos estos versículos relacionados con Nicodemo nos conducen al hecho de que, en Su economía, a Dios no le interesa obtener un hombre malo ni tampoco un hombre bueno. Tanto el bien como el mal pertenecen al mismo árbol; ambos proceden de la misma fuente errónea. En la economía de Dios, la meta de Dios es obtener hijos de Dios, Dios-hombres, personas que pertenecen a la especie divina, que son iguales a Él en vida y naturaleza con miras a Su expresión.

Si consideran la persona de Nicodemo, verán que él era una persona buena. Probablemente él era mejor persona que muchos de nosotros. Él era un anciano, un erudito, una persona honesta que era considerada un maestro en asuntos de moral así como una autoridad entre los judíos. Incluso la manera en que él vino al Señor y le habló fue bastante buena. Pero el Señor le dijo: “El que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (v. 3). Es imposible que un mono pretenda ser un hombre y entre en el reino humano. Dios no quiere tal clase de actuación o pretensión. Eso jamás sería eficaz. Únicamente la vida divina puede ser eficaz. Así que, necesitamos el nacimiento divino. ¡Aleluya! ¡Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es! Tenemos que nacer de nuevo.

El nacimiento divino es la base de nuestra vida cristiana

El nacimiento divino es la base de nuestra vida cristiana (vs. 3, 5; 1 P. 1:3, 23). Nicodemo pensaba que tenía un buen fundamento. Puesto que él era una persona muy buena, pensaba que lo único que le hacía falta era recibir unas cuantas enseñanzas; pero él no necesitaba más enseñanzas. Él necesitaba que el Señor, quien es la vida divina, entrara en él. Él necesitaba del nacimiento divino. Ésta era la necesidad de Nicodemo. La base de la vida cristiana no es ser una persona buena, moral o cualquier otra clase de persona. La única base de la vida cristiana es el nacimiento divino. En 1 Pedro 1:3 se nos dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según Su grande misericordia nos ha regenerado para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”. Su misericordia fue

derramada en Su resurrección para que todos pudiésemos ser regenerados. El versículo 23 dice: “Habiendo sido regenerados, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, la cual vive y permanece para siempre”. En este versículo, Pedro nos dice que hemos sido regenerados, hemos nacido de nuevo, de la simiente divina por medio de la palabra de Dios que vive y permanece en nosotros. Esta semilla de vida, que es Cristo mismo como el Dios Triuno que fluye a fin de entrar en nuestro ser como vida, tiene la capacidad y habilidad necesaria para santificarnos y saturarnos, haciendo de nosotros personas auténticamente santas, que llevan una vida santa, que son justos y que tienen a Dios como su elemento constitutivo, de tal modo que podamos llegar a ser Él con miras a Su expresión.

El fundamento de nuestra vida cristiana es la regeneración. El fundamento para que Cristo haga Su hogar en nuestra mente y corazón, así como la esperanza de que esto suceda, estriba en la regeneración, el nacimiento divino. Tengo la carga de que todos veamos el nacimiento divino y sintamos renovado aprecio por el mismo. El nacimiento divino es la esperanza. En 1 Pedro 1:3 se nos dice que hemos sido regenerados para una esperanza viva. Todos sienten gran aprecio cuando un bebé ha nacido; en cierto sentido todo bebé que nace es un milagro. La base para la vida humana de un bebé estriba en su nacimiento humano; la base de la vida entera de aquel bebé reside en aquel nacimiento.

El nacimiento divino, el cual nos imparte la vida divina, es el factor básico de todos los misterios de la vida divina

El nacimiento divino, el cual nos imparte la vida divina, es el factor básico de todos los misterios de la vida divina (1 Jn. 1:1-2). En 1 Juan se nos presentan siete grandes misterios, y el nacimiento divino es uno de ellos, el quinto. Este nacimiento divino es el factor básico de todos los misterios de la vida divina. Ninguno de los otros misterios podrían ser conocidos por nosotros si no experimentásemos el nacimiento divino. Si no hubiéramos experimentado nuestro nacimiento físico, ¿cómo podríamos conocer los misterios o secretos de la vida humana? El nacimiento divino es el factor básico.

El Padre es el origen de esta vida divina, de quien hemos nacido con esta vida

El Padre es el origen de esta vida divina, de quien hemos nacido con esta vida (1 Jn. 3:1). En 1 Juan 3:1 se nos dice: “Mirad cuál amor nos ha

dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él". El Padre es la fuente. Si usted disfruta de una buena relación con sus padres, el amor estará presente en dicha relación incluso mientras usted se encuentra lejos de ellos. El amor guarda relación con la fuente. Cuando uno es llevado de regreso a la fuente, hay gozo. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". Estoy tan contento de que Dios sea mi Padre. No tenemos a un Dios que está distante de nosotros y es objetivo para nosotros, sino que nuestro Dios es nuestro Padre. Por eso nos encanta poder llamarle: "¡Abba Padre! ¡Abba Padre!". Él es nuestra fuente.

El nacimiento divino —la regeneración— nos vivifica con la vida de Dios y nos introduce en una relación de vida, o sea, en una unión orgánica con Dios

El nacimiento divino —la regeneración— nos vivifica con la vida de Dios y nos introduce en una relación de vida, o sea, en una unión orgánica con Dios (Ro. 8:16; 1 Co. 6:17). Una persona es uno con su vida biológica. Si aniquilamos tal vida biológica, aniquilamos a dicha persona. Ambas están íntimamente relacionadas. Sin embargo, una vez que esa persona ha sido regenerada, Dios es su Padre. Esto hace que dicha persona entre en una relación con Dios basada en la vida divina. Ésta es una unión orgánica con Dios. "El que se une al Señor, es un solo espíritu con Él" (1 Co. 6:17). Es necesario que veamos y apreciemos de manera fresca el nacimiento divino. Si no recibimos una revelación fresca al respecto, podríamos considerarlo como algo común. El nacimiento divino, el cual es uno de los grandes misterios, debiera ser muy precioso para nosotros durante toda nuestra vida. Romanos 8:16 dice: "El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios". ¡Qué bueno es poder disfrutar de una relación en vida, una unión orgánica, con Dios!

Consideren este extracto del folleto del hermano Lee titulado *What Is Regeneration?* [¿Qué es la regeneración?]:

La regeneración es una relación eterna basada en nuestro nacimiento, la cual jamás puede ser disuelta. Ningún nacimiento puede ser revertido. Nadie podría dejar de nacer una vez que ha nacido. Así como éste es un principio inalterable en lo referente a la vida biológica, es un principio aún más sólido y sustancial en el ámbito espiritual. Una vez

que hemos nacido de Dios, somos eternamente Sus hijos, independientemente de nuestra condición. Aunque podríamos alejarnos temporalmente del Señor, jamás se podría poner fin a esta relación basada en nuestro nacimiento. Este hecho de suma importancia nos da mucha confianza y valentía para hacer frente a nuestros fracasos y pecados. Ningún fracaso nuestro podría poner fin a la relación que por nacimiento tenemos con Dios. Una vez que nuestro corazón se vuelve nuevamente hacia el Señor, podemos acercarnos con confianza al Padre como Sus hijos amados (págs. 23-24)

Debido a que tenemos una relación tan íntima con Dios, con frecuencia tenemos certeza de algo sin necesidad de preguntarle; puesto que Él está en nosotros como nuestra vida, nosotros simplemente sabemos ciertas cosas. La Primera Epístola de Juan está llena de las palabras *saber* y *conocer*. Cuando yo fui salvo mientras estaba en la secundaria, no tenía conocimiento de la verdad. Cierta día en casa tomé mi guante de béisbol así como una pelota de béisbol, y la vida dentro de mí me dijo: "Tú te robaste esa pelota". Y realmente yo la había robado de una tienda. De inmediato, yo simplemente supe que tenía que arreglar cuentas con aquella tienda. También fue durante aquel tiempo que yo era presidente de un club de baile. Después que fui salvo, asistí a dicho club un par de veces, pero después simplemente me era imposible ir allí. Simplemente lo sabía. Tenía una relación orgánica con Dios, aun cuando no tenía esta terminología en aquel entonces.

Ser regenerados simplemente significa que además de la vida humana, ahora poseemos la vida divina, que recibimos en virtud del nacimiento divino, pues la vida eterna ha entrado a nuestro ser

Ser regenerados simplemente significa que además de la vida humana, ahora poseemos la vida divina, que recibimos en virtud del nacimiento divino, pues la vida eterna ha entrado a nuestro ser (Jn. 3:15-16; 1 Jn. 2:25; 5:11-13). Todas las capacidades propias de un organismo vivo, así como toda función que éste desempeña y toda actividad que pueda realizar, se originan en la vida que dicho organismo posee. Incluso su apariencia y expresión externas son determinadas por su vida. Dios posee la vida más elevada de todas, y nosotros hemos sido regenerados con los genes de Dios. Estos genes lo determinan todo en

nosotros. Ellos determinan cómo nos vemos y cómo pensamos. A la postre, tendremos la mente de Cristo. ¡Aleluya! Esto es a fin de que podamos ser Sus hijos, los Dios-hombres, la especie divina, con miras a constituir Su expresión.

**La regeneración hace que seamos la nueva creación,
una entidad que posee internamente el elemento de Dios**

*Es mediante el nacimiento divino
que poseemos la vida divina y el elemento divino;
por tanto, llegamos a ser una nueva creación*

La regeneración hace que seamos la nueva creación, una entidad que posee internamente el elemento de Dios (Gá. 6:15). Es mediante el nacimiento divino que poseemos la vida divina y el elemento divino; por tanto, llegamos a ser una nueva creación (2 Co. 5:17).

*Cuando nacimos de nuevo,
la vida de Dios en Cristo entró en nuestro ser;
esta vida junto con el elemento divino
se ha mezclado con nuestro espíritu
a fin de llegar a ser el nuevo hombre en nosotros*

Cuando nacimos de nuevo, la vida de Dios en Cristo entró en nuestro ser; esta vida junto con el elemento divino se ha mezclado con nuestro espíritu a fin de llegar a ser el nuevo hombre en nosotros (Ef. 4:24; Col. 3:10). Tito 3:5 dice que Dios “nos salvó [...] conforme a Su misericordia, mediante el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo”. Comenzando con la regeneración, el nacimiento divino, y la renovación del Espíritu Santo, el Dios Triuno viene a nuestro ser como una inundación cuya meta es hacernos tan nuevos como la Nueva Jerusalén. Todo lo que no posee el elemento divino es viejo. Únicamente el Dios Triuno es nuevo. Queremos ser personas que siempre disfrutaran de la novedad del nacimiento divino con su lavamiento y renovación. Si verdaderamente vemos lo que es el nacimiento divino, seremos personas que desean recibir el elemento divino incesantemente.

Nosotros fuimos regenerados al recibir este maravilloso Espíritu. Ahora, queremos ser personas que continuamente reciben el Espíritu. Queremos recibir el elemento divino en nuestro ser para ser hechos nuevos de continuo. Simplemente me encanta esta palabra: *nuevo*. ¡Tenemos un Nuevo Testamento, un nuevo corazón, un nuevo espíritu, el

vino nuevo, una nueva vestidura, un nuevo pacto, un nuevo hombre, una nueva creación y la Nueva Jerusalén! En la Nueva Jerusalén, el hombre habrá llegado a ser plenamente Dios en vida y naturaleza al haber recibido continuamente el elemento divino en su ser. La clave para ser nuevo de continuo es permanecer en nuestro espíritu mezclado. Efesios 4:23 dice: “Y os renovéis en el espíritu de vuestra mente”.

Ser regenerados es recibir el árbol de la vida

Ser regenerados es recibir el árbol de la vida (Gn. 2:9; Ap. 22:2, 14). La intención de Dios manifestada en Génesis era que el hombre, después de ser creado a Su imagen y semejanza, recibiera la vida divina. Esto nos da a entender que Dios no está interesado en obtener meramente un hombre bueno, sino un Dios-hombre. Él anhela obtener una persona que pertenezca a Su propia especie, sea de Su propia clase y género, y no meramente una criatura creada a imagen Suya. Apocalipsis 22:14 dice: “Bienaventurados los que lavan sus vestiduras, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad”. Tenemos derecho al árbol de la vida. ¡Alabado sea el Señor! Ser regenerados es recibir el árbol de la vida en nuestro ser.

*Cuando recibimos al Señor Jesús, recibimos la vida
que es propia del árbol de la vida*

Cuando recibimos al Señor Jesús, recibimos la vida que es propia del árbol de la vida (Jn. 11:25; 15:1). En Juan 15:1 el Señor nos dijo: “Yo soy la vid verdadera”. Esto quiere decir que el Señor, la vid, es la realidad del árbol de la vida. Cristo es la corporificación de Dios y, como tal, Él ha llegado a ser la realidad del árbol de la vida. Esta Persona ahora ha pasado por un proceso y llegó a Su consumación. Él no solamente es nuestro Redentor en términos jurídicos, sino que Él es también nuestro Salvador en términos orgánicos. Ahora, tenemos que ser aquellos que comen de Su carne y beben de Su sangre. Juan 6:57 dice: “Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por causa del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí”. Queremos recibir del árbol de la vida. Ser regenerados es recibir en nuestro ser el árbol de la vida. ¡Esto es maravilloso! El árbol de la vida es simplemente Cristo mismo; Él es el árbol-vid. Él es la realidad del árbol de la vida. Él fue procesado y consumado y ahora puede ser recibido, disfrutado, digerido y asimilado por nosotros, a fin de que seamos hechos

Dios, Su misma especie, los Dios-hombres, con miras a constituir Su expresión.

Hemos pasado de la muerte del árbol del conocimiento del bien y del mal a la vida del árbol de la vida

Hemos pasado de la muerte del árbol del conocimiento del bien y del mal a la vida del árbol de la vida (5:24; 1 Jn. 3:14). ¡Aleluya! Tenemos que ser aquellos que siempre eligen el árbol de la vida. Hemos pasado de muerte a vida al salir de la muerte que es propia del árbol del conocimiento del bien y del mal. En 1 Juan 3:14 se nos dice: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en muerte”. Juan 5:24 dice: “De cierto, de cierto os digo: El que oye Mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no está sujeto a juicio, mas ha pasado de muerte a vida”.

Santos, he visto esto una y otra vez. Siempre que ha ocurrido un disturbio en el recobro del Señor, toda vez que ha habido una rebelión, se produjo un retorno al árbol del conocimiento del bien y del mal, un retorno a la muerte. Tenemos que decir: “Gracias, Señor, por Tu recobro. ¡Aleluya por el ministerio de la era! Gracias, Señor, por estas siete fiestas, en las cuales siempre somos llevados de retorno al árbol de la vida para comer de él y se nos recuerda que debemos salir de la muerte que es propia del árbol del conocimiento del bien y del mal”. Los disturbios siempre nos enredan en críticas y opiniones, en el bien y el mal, todo lo cual es sólo muerte. Doy gracias al Señor por Su testimonio en las reuniones.

Ser regenerados es nacer del Espíritu en nuestro espíritu

La regeneración se efectúa en la esfera del espíritu humano, por el Espíritu de Dios y con la vida divina

Ser regenerados es nacer del Espíritu en nuestro espíritu (3:6, 8). La regeneración es efectuada en la esfera del espíritu humano por el Espíritu de Dios y con la vida divina (vs. 6, 15-16). La quinta estrofa de *Himnos*, #287 dice: “¡Qué realidad que nuestro Dios ahora / Es el Espíritu para tocar! / ¡Qué gran verdad! ¡En vida somos uno / Con nuestro Dios sin diferir jamás!”. En el coro se declara: “¡El Triuno Dios inagotable es! / ¡Admirable! ¡Glorioso es Él! / ¡Divino don que excede a todo bien! / ¡Que excelso es en nuestro ser!”.

El nacimiento divino sucede orgánicamente en nuestro espíritu

El nacimiento divino sucede orgánicamente en nuestro espíritu (v. 6).

En la regeneración

Dios, en Cristo, entra en nuestro espíritu como Espíritu vivificante para regenerarnos con Su vida y naturaleza

En la regeneración Dios, en Cristo, entra en nuestro espíritu como Espíritu vivificante para regenerarnos con Su vida y naturaleza (1 Co. 15:45; 6:17). En 1 Corintios 6:17 leemos: “El que se une al Señor es un solo espíritu con Él”. Es por esto que nosotros, como seres tripartitos, tenemos una esperanza.

El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina

El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina (Ro. 8:2, 10, 16). En Romanos 8:2 el Espíritu es llamado el Espíritu de vida, y el versículo 10 dice que nuestro espíritu es vida. Luego, en el versículo 16, vemos que este maravilloso Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

Lo que es nacido del Espíritu de Dios es nuestro espíritu regenerado

Lo que es nacido del Espíritu de Dios es nuestro espíritu regenerado (Jn. 3:6).

La palabra todo en 1 Juan 5:4 se refiere a toda persona que ha sido engendrada por Dios; esta expresión hace referencia especialmente a la parte que ha sido regenerada con la vida divina, o sea, al espíritu del creyente regenerado

La palabra *todo* en 1 Juan 5:4 se refiere a toda persona que ha sido engendrada por Dios; esta expresión hace referencia especialmente a la parte de nuestro ser que ha sido regenerada con la vida divina, o sea, al espíritu del creyente regenerado. ¡Aleluya! ¡El creyente regenerado puede vencer al mundo!

**En la resurrección de Cristo,
Él impartió la vida divina en nuestro ser
y nos hizo iguales a Él en vida y naturaleza;
éste es el factor básico que hace posible nuestra regeneración**

En la resurrección de Cristo, Él impartió la vida divina a nuestro ser y nos hizo iguales a Él en vida y naturaleza; éste es el factor básico que hace posible nuestra regeneración (1 P. 1:3; Jn. 3:15-16). En 1 Pedro 1:3 se nos dice que según la misericordia de Dios, Él nos ha regenerado para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo.

El hermano Lee señala que si el Dios Triuno no hubiera pasado por un proceso y alcanzado Su consumación, Él sólo podría ser vida para Sí mismo; sin embargo, debido a que Él pasó por un proceso y alcanzó Su consumación en la cual llegó a ser el Espíritu vivificante, ahora puede ser vida para nosotros (*La experiencia y el crecimiento en vida*, pág. 64). Nosotros fuimos regenerados mediante la resurrección de Cristo, en la cual Él llegó a ser el Espíritu que imparte vida. Éste es un asunto de gran trascendencia. Ahora tenemos una esperanza viva, pues fuimos regenerados para una esperanza viva. El hermano Lee también menciona que lo más sobresaliente de nuestra salvación es la regeneración. No sólo hemos sido salvos de ir al infierno, sino que, mucho más, somos salvos en la vida de Cristo de muchas cosas, entre las cuales se hallan nuestra mente errante, el aburrimiento, nuestro orgullo, nuestras ansiedades y nuestro yo. “Mucho más [...] seremos salvos en Su vida (Ro. 5:10b)”.

No solamente nuestro espíritu ha sido hecho vida, sino que, además, Dios desea que nuestra mente sea vida, que nuestra parte emotiva sea vida, que nuestra voluntad sea vida, que nuestro corazón sea vida y que incluso nuestro cuerpo sea vida. Así pues, tenemos una esperanza sobre otra. El coro de *Himnos*, #433 dice: “¡Gloria, gloria, Cristo es vida en mí! / ¡Gloria, gloria, qué esperanza es Él! / Hoy es el misterio en mi espíritu, / Mas con gloria llenará mi ser”. Es nuestro deseo que todos veamos y apreciemos el nacimiento divino de tal modo que podamos avanzar en nuestra salvación orgánica. Hemos sido regenerados, pero aún necesitamos ser renovados, santificados, transformados, conformados y glorificados. Nuestra necesidad es llegar a ser enteramente Dios en vida y naturaleza, para que así Él obtenga Su

expresión. Todos debemos tener en alta estima nuestro nacimiento divino.

**ES MEDIANTE ESTE MISTERIOSO NACIMIENTO DIVINO
QUE FUIMOS HECHOS HIJOS DE DIOS**

Es mediante este misterioso nacimiento divino que fuimos hechos hijos de Dios (Jn. 1:12-13; 1 Jn. 3:1). En 1 Juan 3:1 se nos dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, y lo somos”. La Nueva Jerusalén es la máxima consumación del amor del Dios Triuno, el cual nos regenera y engendra.

**En el universo no hay nada más asombroso que el hecho
de que seres humanos puedan ser engendrados de Dios,
y que pecadores puedan ser hechos hijos de Dios**

En el universo no hay nada más asombroso que el hecho de que seres humanos puedan ser engendrados de Dios, y que pecadores puedan ser hechos hijos de Dios (2:29—3:1; 4:7; 5:1, 4, 18). Por ser aquellos que hemos nacido de Dios, practicamos la justicia (2:29). Amamos al Señor y amamos a los hermanos (4:7; 5:1). Por haber nacido de Dios, disfrutamos tanto de la comunión vertical como horizontal y somos personas que vencen al mundo (v. 4). Podemos vencer en toda circunstancia debido a que fuimos hechos hijos de Dios y, como tales, poseemos la capacidad que es propia de nuestro nacimiento divino.

En 1 Juan 5:18 se nos dice: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues el que es nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca”. Por ser personas nacidas de Dios, no pecamos (o sea, que no practicamos el pecado de forma habitual), nos guardamos a nosotros mismos y el maligno no nos toca. Tenemos en nuestro interior un lugar que el diablo no puede tocar: nuestro espíritu regenerado. ¡Somos los hijos de Dios!

Cuando fui salvo, yo era un joven que estaba en la escuela secundaria y al comienzo no me di cuenta de lo que me había sucedido. Mi salvación aconteció de una forma muy sencilla. Mi mejor amigo y yo, ambos fuimos salvos juntos. Habíamos crecido juntos desde que estábamos en kindergarten. Sucedió que nos pusimos a orar juntos en el auto, y ambos recibimos al Señor. No hubo relámpagos, ni terremotos ni truenos; más bien, hubo una paz interior que jamás habíamos sentido antes de conocer al Señor. Poco después, mi entrenador de fútbol me dijo que había notado algo diferente en mí y quería saber lo que me

había ocurrido; esto me permitió compartir con él que yo no había hecho esto o aquello, sino que simplemente había recibido al Señor Jesús en mi ser. Esto fue asombroso. Otro buen amigo mío, que era también jugador de fútbol, un día finalmente se abrió al Señor y nos pusimos juntos de rodillas. Él oró y recibió al Señor. Cuán asombroso es que él pudiera experimentar el nacimiento divino y ser hecho hijo de Dios. Luego, se lo dijimos a su hermana, quien era una chica muy popular y atractiva. Cuando hablamos con ella, se puso furiosa y no quiso escuchar nada relacionado con el Señor. Esto aconteció en 1958. Casi después de diecisiete años, una de mis hermanas me llamó desde Florida para decirme que se había encontrado con esta misma persona en el supermercado. Ella le dijo a mi hermana que había recibido a Cristo y que no dejara de contármelo. ¡Esto es asombroso! ¡Qué gran milagro es que los hombres puedan ser engendrados de Dios y ser hechos hijos de Dios!

A la gente le agrada celebrar sus cumpleaños, pero nosotros debemos celebrar nuestro nacimiento divino. ¡Aleluya! ¡He nacido de Dios! ¡Aleluya! ¡Soy un hijo de Dios! Esto no es algo insignificante.

El propósito de Dios al crear al hombre no era simplemente obtener un hombre libre de pecado, sino un Dios-hombre que tuviera la vida y naturaleza de Dios, a fin de que éste lo expresara corporativamente

El propósito de Dios al crear al hombre no era simplemente obtener un hombre libre de pecado, sino un Dios-hombre que tuviera la vida y naturaleza de Dios, a fin de que éste lo expresara corporativamente (Gn. 2:9; Jn. 10:10b; 2 P. 1:4). Necesitamos ser regenerados por dos motivos: el motivo más elemental es que somos seres malignos, caídos y pecaminosos. Ciertamente todo hombre necesita ser salvo. Cuando el Señor habló con Nicodemo, quien era un hombre moral y bueno, le dijo que tener una vida buena no le servía y que él necesitaba nacer de nuevo (Jn. 3:3). Luego en el mismo capítulo, además de revelar a Nicodemo que le era necesario nacer de nuevo, a manera de inferencia le reveló también su verdadera condición al decirle implícitamente que él, Nicodemo, en realidad era una serpiente (v. 14); así pues, manifestó claramente que todo hombre había sido envenenado por el diablo, por lo cual era necesario que Él, el Señor, fuese levantado como la verdadera serpiente de bronce. Posteriormente, Él nos da a conocer el propósito de la regeneración, cuando dice: “El que tiene la novia, es

el novio” (v. 29). ¡Qué gran milagro es que seres humanos puedan nacer de Dios, que pecadores puedan ser hechos hijos de Dios y que serpientes puedan llegar a ser la novia de Cristo! Éste es el milagro del nacimiento divino y de los hijos de Dios.

El propósito de Dios no consiste en obtener hombres buenos; no obstante, en caso de que usted todavía piense ser muy bueno, el Señor le mostrará su verdadera condición. Todo esto tiene como finalidad que Dios obtenga Su expresión corporativa. Deseamos ver este asunto del nacimiento divino y de los hijos de Dios en el contexto de la economía de Dios con miras a Su expresión. No tenemos otro propósito, sino únicamente que Él obtenga Su expresión. Queremos hacer que Él regrese. Para ello, es necesario que Él obtenga Su plena expresión. Hoy en día, todos expresan su propio modo de pensar, sus opiniones, la carne, el mundo y el yo. ¿Dónde está la expresión de Cristo? Nosotros queremos cooperar con el Señor y ver la verdad concerniente al nacimiento divino, a saber: que somos los hijos de Dios con el fin de cumplir Su propósito.

Quizás una taza de agua caliente sea de buena calidad y pura, pero es solamente agua. Sin embargo, si usted le añade una bolsita de té, entonces el agua se habrá “te-ificado”. Del mismo modo, usted puede ser agua limpia y de buena calidad, pero necesita ser “Dios-ificado”. Debemos permitir que esta Persona maravillosa se añada a nosotros y nos sature, nos “Dios-ifique”, a fin de que seamos los hijos de Dios que disfrutan y participan de la naturaleza divina.

La expresión *hijos de Dios* mencionada en 1 Juan 3:1 es sumamente rica en implicaciones; lleva implícito el hecho que Dios ha nacido en nosotros y que nosotros poseemos Su vida y naturaleza

Ser hijos de Dios significa que Dios ha sido concebido en nosotros

La expresión *hijos de Dios* mencionada en 1 Juan 3:1 es sumamente rica en implicaciones; lleva implícito el hecho de que Dios ha nacido en nosotros y que nosotros poseemos Su vida y naturaleza. Ser hijos de Dios significa que Dios ha sido concebido en nosotros. El pensamiento de Dios puede ser el nuestro, y el Ser divino puede ser el nuestro. Esto es asombroso, milagroso y maravilloso.

Cuando Dios nació en nuestro espíritu, fuimos mezclados con Él

Cuando Dios nació en nuestro espíritu, fuimos mezclados con Él (1 Co. 6:17). Fuimos mezclados con Él cuando llegamos a ser hijos de Dios. Ahora debemos practicar lo dicho en la quinta estrofa de *Hymns*, #1199: “En nuestro diario vivir y en todo lo que somos, hacemos, pensamos y expresamos, / Cuánto necesitamos mezclarnos profundamente con el Señor para obtenerle más cada día”. Necesitamos disfrutar de continuo al Señor. Necesitamos mezclarnos más profundamente con Él a fin de obtener más de Él cada día a fin de ser más y más “Dios-ificados” como verdaderos Dios-hombres, que pertenecen a la especie divina, los cuales son hechos Dios en vida y naturaleza y lo expresan a Él.

**Es por medio de la regeneración
que fuimos hechos hijos de Dios**

Hemos nacido del Padre a fin de ser hijos de Dios

Es por medio de la regeneración que fuimos hechos hijos de Dios (Jn. 1:12-13; 3:3, 5-6; 1 Jn. 2:29—3:1). Hemos nacido del Padre a fin de ser hijos de Dios (v. 1).

*El hecho de que los seres humanos lleguen a ser hijos de Dios
implica que ellos han nacido de Dios, y que poseen
la vida y naturaleza divinas*

El hecho de que los seres humanos lleguen a ser hijos de Dios implica que ellos han nacido de Dios, y que poseen la vida y naturaleza divinas (Jn. 1:12-13; 3:15-16; 2 P. 1:4). Un perro posee su propia vida y naturaleza, lo cual le hace perseguir a los gatos y ladrar. Nadie tiene que enseñarle a un perro a ladrar; él ladra espontáneamente porque, habiendo nacido de un perro, posee la naturaleza canina. Nosotros hemos nacido de Dios, por lo cual poseemos la vida y naturaleza divinas.

*Puesto que ser regenerado
equivale a nacer de Dios y obtener Su vida,
la regeneración automáticamente hace que nosotros
seamos hechos hijos de Dios*

Puesto que ser regenerado equivale a nacer de Dios y obtener Su vida, la regeneración automáticamente hace que nosotros seamos hechos hijos de Dios (Jn. 3:6; Ro. 8:16).

*La vida que recibimos cuando fuimos regenerados
hace que seamos hechos hijos de Dios
y es lo que nos da potestad para ser Sus hijos*

La vida que recibimos cuando fuimos regenerados hace que seamos hechos hijos de Dios y es lo que nos da potestad para ser Sus hijos (Jn. 1:12-13). En el *Estudio-vida de Juan* el hermano Lee dice:

Por ejemplo, cuando nace un perro, de inmediato se encuentra en el reino de los perros. Él sabe todo acerca de cómo ser un perro. No es necesario que nadie le enseñe cómo debe ser un perro, diciendo: “Escucha perrito, debes saber que tú eres un perro, que perteneces al reino de los perros, y que de ahora en adelante debes ladrar diariamente” [...] Un perro no puede naturalizarse en el reino de los gatos. Supongamos que alguien le dice a un perro: “Perrito, me gustas mucho y deseo cambiar tu identidad. Tú naciste en el reino de los perros, pero yo quiero naturalizarte en el reino de los gatos”. Si tratara de hacer esto, causaría un grave problema al reino de los gatos. La forma correcta de introducir a un perro en el reino de los gatos es regenerar al perro con la vida de los gatos. Si un perro pudiera renacer con la vida de un gato, sería espontáneamente trasladado del reino de los perros al reino de los gatos. (págs. 110-111)

Mediante nuestro nacimiento divino, hemos sido trasladados al reino de Dios a fin de ser los hijos maduros de Dios. Es por la vida divina que tenemos la autoridad de ser los muchos hijos de Dios. La vida que recibimos es lo que nos da el derecho, la autoridad, para pertenecer a esa especie y entrar en la esfera propia de la misma. Un perro tiene el derecho de ser tal en el reino de los perros, porque posee la vida de un perro. ¡Alabamos al Señor porque tenemos la vida de Dios!

*Por ser los hijos de Dios que poseen Su vida y naturaleza,
podemos vivir a Dios y ser iguales a Él
en vida, naturaleza y expresión,
lo cual cumple el propósito que Dios tenía al crear al hombre*

Por ser los hijos de Dios que poseen Su vida y naturaleza, podemos vivir a Dios y ser iguales a Él en vida, naturaleza y expresión, lo cual cumple el propósito que Dios tenía al crear al hombre (Gn. 1:26). Dios nos creó a Su imagen y conforme a Su semejanza para que fuésemos

Su expresión y nos concedió ejercer dominio sobre las demás criaturas para que le representásemos con Su autoridad, a fin de reinar sobre el maligno. Es mediante la regeneración, nuestro nacimiento divino y el hecho de que somos hijos de Dios, que podemos cooperar con el Señor en Su economía a fin de llegar a ser Dios en vida y naturaleza con miras a Su expresión, lo cual cumple el propósito que Dios tuvo al crear al hombre.

En Filipenses 1:21a Pablo dijo: “Porque para mí, el vivir es Cristo”. Estamos aquí para vivir a Cristo. Fuimos creados con el fin de ser Cristo-hombres y Dios-hombres. Un Dios-hombre no vive por su propia vida; él vive por causa de Cristo. Queremos ser personas que disfrutaran a Cristo, comen a Cristo y viven por causa de Él.

Los hijos de Dios han sido regenerados por Dios el Espíritu, a fin de ser Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales ven el reino de Dios y entran en él

Los hijos de Dios han sido regenerados por Dios el Espíritu, a fin de ser Dios-hombres que pertenecen a la especie de Dios, los cuales ven el reino de Dios y entran en él (Jn. 3:3, 5-6). El que no pertenece a la especie de Dios, no puede ver el reino de Dios ni entrar en él. Damos gracias al Señor por nuestro nacimiento divino, mediante el cual fuimos hechos hijos de Dios, los Dios-hombres y la especie de Dios, a fin de que pudiésemos ver, entrar y participar en el reino de Dios.

Colosenses 1:13 dice que el Padre “nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor”. Debemos ser aquellos que continuamente le digan al Señor: “Señor Jesús, te amamos”. Disfrutarlo a Él debe ser nuestra práctica constante. Puesto que le hemos recibido, hemos experimentado el nacimiento divino y fuimos hechos los hijos de Dios. Ahora debíamos orar constantemente de esta manera: “Señor, Tú eres el Espíritu vivificante; como tal, suminístrame de Ti mismo. Te alabo, Señor; Tú eres tan real para mí. Tú estás en el trono en los cielos y también vives en mí. Te suplico que me mantengas abierto a Ti todo el tiempo”. A fin de estar abiertos al Señor, nos es de gran ayuda invocar Su nombre, orar-leer Su Palabra, alabarle y cantarle. Si usted practica estas cosas, recibirá el Espíritu. Cuando uno declara: “Señor Jesús, te amo y me entrego absolutamente a Ti”, le es suministrado el Espíritu. Esto hace que nos abramos a Él. Queremos permanecer abiertos al Señor momento a momento a fin de

conformar la especie de Dios, o sea, los Dios-hombres, con miras a Su expresión.

“No hay gozo que pueda sobrepasar este gozo” (*Estudio-vida de Gálatas*, pág. 295). Ningún otro gozo excede al gozo de recibir constantemente a esta querida Persona sobre la base del nacimiento divino, el cual hace de nosotros Dios-hombres, la especie divina de Dios para Su expresión. No estamos aquí para beneficio propio; estamos aquí en procura del testimonio de Jesús.

Dios tiene un beneplácito: hacer que nosotros, Sus hijos, seamos iguales a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad

Dios tiene un beneplácito: hacer que nosotros, Sus hijos, seamos iguales a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad (Ef. 1:5, 9; 5:1). El hermano Lee definió el beneplácito de Dios como aquello que a Él lo entretiene y lo divierte, o sea, un *hobby*. El pasatiempo favorito de Dios es hacer que nosotros, Sus hijos, seamos iguales a Él en vida y naturaleza. Dios se deleita en esto, en hacer que nosotros seamos iguales a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad.

Si usted es partícipe del beneplácito de Dios, obtendrá pleno deleite. Usted será una persona verdaderamente feliz. A medida que participa en el beneplácito de Dios, usted llega a ser igual a Él en vida y naturaleza. Todos debemos permanecer en el beneplácito de Dios, disfrutando a Cristo a fin de ser verdaderos Dios-hombres.

Debido a que hemos nacido de Dios, somos iguales a Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad

Debido a que hemos nacido de Dios, somos iguales a Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad (Ro. 8:2, 10, 16; 2 P. 1:4).

Todos los hijos de Dios se hallan en la esfera divina que es propia de la especie divina

Todos los hijos de Dios se hallan en la esfera divina que es propia de la especie divina.

Nunca debíamos olvidarnos de que, como hijos de Dios, somos los Dios-hombres que han nacido de Dios y pertenecen a la especie de Dios

Nunca debíamos olvidarnos de que, como hijos de Dios, somos los Dios-hombres que han nacido de Dios y pertenecen a la especie de

Dios (Jn. 1:12-13; 3:3, 5). Esto tiene como base la verdad tocante al nacimiento divino y el hecho de que somos hijos de Dios, Dios-hombres y la especie de Dios. Esto es lo que debe regir la manera en que manejamos nuestro auto, la manera en que le hablamos a nuestro cónyuge y la manera en que nos relacionamos con los demás santos. En todo cuanto hagamos, debemos tener presente que somos los Dios-hombres nacidos de Dios y pertenecientes a la especie divina.

A los hijos de Dios les espera un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas

A los hijos de Dios les espera un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas (1 Jn. 3:2). Nos espera un gran futuro. Si realmente vemos la verdad tocante al nacimiento divino y a los hijos de Dios, comprenderemos que tenemos un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas. El bendito Dios Triuno siempre nos está bendiciendo y anhela hacer de nosotros una bendición. En 1 Juan 3:2 se nos dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”. Mientras más le contemplemos, más llegaremos a ser Él. Nuestro futuro consiste en ser “tal como Él es”. ¡Qué futuro el que nos aguarda! Nuestro Héroe es Cristo, y hemos de ser semejantes a Él, tal como Él es.

Cuando Él se manifieste, los hijos de Dios serán semejantes a Él en cuanto a la madurez en la vida divina

Cuando Él se manifieste, los hijos de Dios serán semejantes a Él en cuanto a la madurez en la vida divina (vs. 1-2).

El derecho que tienen a los Dios-hombres de participar en la divinidad de Dios incluye el derecho a tener la semejanza de Dios

El derecho que tienen a los Dios-hombres de participar en la divinidad de Dios incluye el derecho de tener la semejanza de Dios (2 Co. 3:18; Ro. 8:29). Aquí, ser partícipes implica disfrutar. Ser partícipes de la divinidad de Dios implica nuestro derecho a tener la semejanza de Dios. En 2 Corintios 3:18 leemos: “Mas, nosotros todos, a cara descubierta mirando y reflejando como un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Señor Espíritu”. Al mirarle y reflejarle a cara descubierta, llegamos a

ser Él, de gloria en gloria. El derecho inherente a los Dios-hombres en cuanto a ser partícipes en la divinidad de Dios incluye el derecho a tener la semejanza de Dios.

Romanos 8:29 nos dice que hemos sido predestinados para ser hechos conformes a la imagen del Hijo primogénito de Dios. Todas las cosas cooperan para bien con el propósito de dar cumplimiento al propósito de Dios: que nosotros seamos conformados a la imagen de Su Hijo. Seremos hechos plenamente conformes a la imagen de Cristo, el Hijo primogénito de Dios.

El hermano Lee dijo, durante una ceremonia de graduación del Entrenamiento de Tiempo Completo, que por ser los Dios-hombres, tenemos derecho a ser partícipes de la vida de Dios, la naturaleza de Dios, la mente de Dios, el Ser de Dios, la imagen de Dios, la gloria de Dios, y de llegar a ser Dios en vida y naturaleza para que seamos tal y como Él es. Éste es nuestro derecho, pues hemos experimentado el nacimiento divino y somos los hijos de Dios. Necesitamos conocer nuestros derechos. Nuestro derecho consiste en participar de todas estas grandiosas bendiciones, las cuales nos introducen en un futuro maravilloso. Nuestro futuro es llegar a ser Dios.

Al verlo a Él, reflejaremos Su semejanza, lo cual nos hará iguales a Él

Al verlo a Él, reflejaremos Su semejanza, lo cual nos hará iguales a Él (1 Jn. 3:2). Contemplémosle cada día, pues lo que miremos, eso llegaremos a ser. El coro de *Himnos*, #302 dice: “¡Sí, mirad! ¡A Él mirad! / ¡A Jesús sólo hoy mirad! / Y atrás no mires más, ¡Aleluya! / ¡Deja todo y mira sólo a Él!”.

Participar en la naturaleza divina ya es en sí una gran bendición y deleite; no obstante, ser iguales a Dios, portando Su semejanza, será una mayor bendición y disfrute

Participar en la naturaleza divina ya es en sí una gran bendición y deleite; no obstante, ser iguales a Dios, teniendo Su semejanza, será una mayor bendición y disfrute (Ap. 4:2-3; 21:11). Seremos semejantes a Él, tal como Él es. Ésta es la especie de Dios; éstos son los Dios-hombres que llegan a ser Dios en vida y naturaleza para ser la expresión de Dios. Apocalipsis 4:3 dice que Aquel que está sentado en el trono tiene la apariencia de jaspe. Luego, Apocalipsis 21:11 dice que toda la ciudad de la Nueva Jerusalén es portadora de la misma semejanza, como una sola

gran piedra de jaspe. Para ese entonces, habremos de ser como Él es en términos de Su vida, naturaleza, semejanza, elemento y esencia, con miras a Su expresión.

Nos aguarda un gran futuro lleno de bendiciones espléndidas y deleite, y hoy Él es para nosotros el Espíritu apenas como un anticipo. Efesios 1:3 dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”. Como el Padre, Él nos bendice al escogernos y predestinarnos. Como el Hijo, Él nos bendice al redimirnos y hacer de nosotros Su herencia. Y como el Espíritu, Él nos bendice al sellarnos para tomar posesión completa de nosotros y al sernos dado en arras con el fin de que tengamos un anticipo de este futuro y de estas bendiciones. Incluso hoy, cuando tocamos al Espíritu, tenemos un anticipo del disfrute pleno de este gran futuro que nos espera y de todas estas bendiciones espléndidas. Por tanto, ¡estamos llenos de esperanza! Tal como se halla expresado en el coro de *Himnos*, #302: “¡Gloria, gloria, Cristo es vida en mí! / ¡Gloria, gloria, qué esperanza es Él! / Hoy es el misterio en mi espíritu, / Mas con gloria llenará mi ser”.

Quiera el Señor hacer que todos sigamos disfrutándole como el Espíritu maravilloso, para que lleguemos a ser los Dios-hombres, la especie de Dios, quienes llegan a ser Dios en vida y naturaleza —tal como Él es— por causa de Su expresión y para Su satisfacción.—D. T.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE LAS EPÍSTOLAS DE JUAN

Nuestro espíritu nace de Dios con la simiente de Dios, a fin de que crezcamos con el crecimiento de Dios para el edificio de Dios (Mensaje 5)

Lectura bíblica: 1 Jn. 3:9; 5:4a, 18;
Mr. 4:26; 1 P. 1:23; Col. 2:19; 1 Co. 3:9

- I. El elemento intrínseco de toda la enseñanza en la economía eterna de Dios es que el Dios Triuno en la humanidad, el maravilloso Cristo como el Espíritu del glorificado Jesús, se ha sembrado en los escogidos de Dios como semilla de vida, como simiente de Dios, a fin de crecer en ellos, vivir en ellos, desarrollarse en ellos y ser expresado desde el interior de ellos como la labranza de Dios con miras a la edificación de la iglesia como la casa de Dios y el reino de Dios—Mr. 4:11-20, 26-29; Mt. 16:18; 1 Co. 3:9; 1 P. 1:23; cfr. Dt. 22:9.
- II. La regeneración significa que la semilla de la vida divina, la vida increada, eterna, e ilimitada con la naturaleza divina se ha sembrado en nuestro espíritu; por medio de la regeneración nuestro espíritu ha nacido de Dios y la simiente de Dios permanece allí—Mr. 4:26; 1 P. 1:23; 1 Jn. 3:9; 5:11-12; 2 P. 1:4.
 - A. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”—Jn. 3:6.
 1. “La carne” es nuestro hombre natural, nuestro viejo hombre, nuestro hombre externo, que nació de nuestros padres que son carne; pero “el espíritu”, el espíritu regenerado, es nuestro hombre espiritual, nuestro nuevo hombre, nuestro hombre interior, que nació de Dios, quien es el Espíritu—2 Co. 4:16; Ef. 3:16.
 2. El Espíritu divino regenera nuestro espíritu humano con la vida divina de Dios, haciendo así que nuestro espíritu sea vida—Ro. 8:10.